

Susan Zimmerman, ed. *The diseased body in premodern Europe: ideology and representation* [número monográfico de *The Journal of Medieval and Early Modern Studies*; 38 (3): 401-610]. Durham, NC: Duke University Press, 2008; 210 p. ISSN 1082-9636. \$ 15.

En las últimas décadas la historia cultural ha cobrado un auge creciente en el ámbito de los estudios histórico-médicos, siendo el cuerpo uno de los temas más recurrentes dentro de los nuevos acercamientos. El número monográfico que *The Journal of Medieval and Early Modern Studies* dedicó en 2008 a las representaciones del cuerpo enfermo y a las ideologías culturales subyacentes a ellas en la Europa pre-contemporánea, constituye un significativo exponente al respecto. Incluye ocho artículos en los que investigadores vinculados a diversas instituciones académicas estadounidenses y europeas abordan un amplio espectro de cuestiones relacionadas con esta temática, poniendo punto final al mismo una presentación de las colecciones de fuentes histórico-médicas de la Duke University, que pueden constituir recursos de investigación en torno al tema del cuerpo enfermo.

Como bien advierte Susan Zimmerman (CUNY, Nueva York), editora del monográfico, en su introducción al mismo, los distintos estudios incluidos tienen como denominador común, tanto un énfasis en las realidades físicas de los cuerpos enfermos y en las formas en que los cronistas pre-contemporáneos de las enfermedades se interesan por ellos como entidades físicas, como un esfuerzo por conjurar el riesgo de «tratar las valencias simbólicas sin atención suficiente a las dimensiones físicas de la enfermedad» (p. 404). Se trata de un enfoque muy de agradecer, ciertamente, dada la profusión de trabajos centrados en los sentidos metafóricos y simbólicos de los cuerpos enfermos, que, como bien recuerda Mary Lindemann, una de las colaboradoras en el monográfico, con independencia de su finura intelectual, con frecuencia han oscurecido el sentido físico los mismos.

En el primero de los artículos, Shigehisa Kuriyama (Harvard University) aborda, en línea con su original tesis alternativa sobre la teoría humoral en la tradición médica occidental hasta bien entrado el siglo XIX, cuando todo fue reformulado bajo el concepto de «metabolismo», el papel jugado en ella por los residuos derivados de los procesos de digestión de los alimentos y la distorsión histórica de esta teoría, en razón del miedo secular que dichos residuos han generado en todas las culturas en que esta tradición ha sido influyente. Este miedo ha llevado a enfatizar las relaciones de los humores con la salud y a esco-

tomizar las relativas a las enfermedades cuando, en realidad, el humor sangre era considerado el único fisiológicamente indispensable, mientras que los otros tres (flema, bilis amarilla y bilis negra) constituían, como productos de los alimentos, potenciales amenazas en forma de excrementos.

Por su parte, Andrew Wear (The Wellcome Trust Centre for the History of Medicine at UCL), subraya la prolongada vigencia histórica de la obra hipocrática *Aires, aguas, lugares* que, en contraste con la extinción de la filosofía natural cualitativa de Aristóteles y Galeno a partir de finales del siglo XVII, mantuvo su influencia durante la mayor parte del siglo XIX. Si la flexibilidad de las ideas expuestas en este paradigmático escrito griego clásico sobre el modo cómo el medio ambiente incidía en los cuerpos vivos, expresadas en un lenguaje sensorial y cualitativo que permitía argumentar en cualquier dirección, están en la base de su durabilidad, las demandas planteadas por la expansión colonial y la «resiliencia de la teoría climatológica de la enfermedad» también contribuyeron, en no escasa medida, a dilatar dicha vigencia.

José Pardo-Tomás (CSIC-IMF, Barcelona) y Àlvar Martínez-Vidal (Universitat de València) muestran de modo expresivo las posibilidades de la correspondencia conservada en torno a las consultas médicas en la España de la transición entre los siglos XVII y XVIII para reconstruir la cultura médica de la Edad Moderna. Su trabajo se apoya en las cartas propias o a través de mediadores, que pacientes dirigieron entre 1687 y 1721, sobre todo desde Madrid y Sevilla, a Juan Muñoz y Peralta, médico de la corte real acogido al patronazgo del Duque de Osuna. Su análisis aborda la sociología de estos pacientes —14 mujeres y 25 varones, todos ellos vinculados de una u otra forma a estamentos privilegiados— y sus mediadores, así como las «condiciones específicas de producción discursiva de la enfermedad» y sus tratamientos por parte de estos profanos, poniendo de manifiesto la amplia difusión de una cultura médica hipocrático-galénica común, la diversidad de problemas de salud objeto de consulta, el control de los pacientes sobre sus cuerpos enfermos y su capacidad para negociar el tratamiento de los mismos.

Mary Lindemann (University of Miami) aborda, desde un sólido marco teórico, los debates teológicos, legales y médicos en torno a los derechos cívicos de los individuos con cuerpos ambiguos y defectuosos/deformes en la Alemania del siglo XVIII, para poner de manifiesto la existencia de límites muy marcados en los programas estándar de «medicalización» o de «legalización», a resultas del relevante papel que los conocimientos locales continuaron jugando como factor en la toma de decisiones. Tras subrayar que los cuerpos físicos importaban mucho en la Europa de la Edad Moderna, señala su interés por centrar el objetivo en

investigar las valencias físicas de los mismos. Y concluye que «cuerpos ambiguos y cuerpos defectuosos a menudo experimentaron restricciones severas en sus derechos a participar en los asuntos sociales y legales usuales», por más que en la Alemania del siglo XVIII no existieran criterios generales, sino que más bien se resolvían de modo individual, sin que ningún experto particular (médico, jurista o teólogo) pudiera determinar el resultado.

Valeria Finucci (Duke University) estudia, a través de la correspondencia de corte, el caso de Vincenzo Gonzaga I (1562-1612), duque de Mantua y Monferrato, quien hacia mayo de 1609 envió a su farmacéutico Evangelista Marcobruno a un viaje secreto en busca de un remedio para combatir su pérdida de vigor sexual. La búsqueda de este remedio desconocido contra la impotencia, que el duque cifraba en un producto de la naturaleza americana basado en el *gusano*, llevó al farmacéutico a un largo periplo por España y el Nuevo Mundo hispano. A su regreso, dos años y medio después, su barco fue capturado por corsarios entre Barcelona y Génova, y Marcobruno fue tomado cautivo y llevado a Argel como esclavo el mismo mes (febrero de 1612) en que su patrón fallecía en Mantua. Para su desgracia, no parece que el nuevo duque estuviera interesado en él, ni está claro que fuera finalmente rescatado. El mayor interés del trabajo, en cualquier caso, lo constituye la reconstrucción del universo mental del farmacéutico Marcobruno y del contexto de su singular experiencia, ilustrativo de la avidez europea por encontrar en América nuevos remedios contra la impotencia sexual; una empresa en la que participaban un amplio abanico de prácticos «sanitarios» y que estaba relacionada con una demanda creciente de los mismos en sectores sociales cada vez más amplios.

Finalmente, Susan Zimmerman (CUNY, Nueva York) examina el papel singularmente complejo de la lepra en el imaginario cristiano medieval, defendiendo la tesis de que «el leproso, la mujer y el judío estaban conectados en el imaginario medieval a través de las problemáticas relaciones de la sangre contaminada» en el marco de narrativas «construidas de forma deliberada, o no, como contrapartida necesaria (...) a las perturbadoras implicaciones de los misterios cristianos de la Encarnación y la Eucaristía» (p. 559) y que también incluían prácticas rituales en torno al cerdo. Tal como expone, la lepra acabó asociada a otros dos fenómenos estigmatizados: el de las mujeres menstruantes, causa de la afección en caso de relaciones sexuales durante el periodo, según un mito muy asentado en las tradiciones greco-romana y judeo-cristiana, y el del judío sediento de sangre, quien, al igual que el leproso, necesitaba descontaminar su propia sangre a través de los efectos curativos de la sangre inocente, incorrupta de los niños bautizados. Si los leprosos lo lograban bañándose en la sangre de los ni-

ños sacrificados, los judíos lo hacían consumiéndola de forma comunitaria, bien directamente o, bien, utilizándola en la preparación de sus comidas. Zimmerman concluye que las feroces persecuciones de los judíos y el estridente discurso misógino testifican que los cristianos tenían una fuerte necesidad de «desarrollar una narrativa de lo profano, una elaborada desviación del lado oscuro de su propio sacramento apuntando a dos grupos socialmente vulnerables»; por más que fuera visto el leproso, como «agente y ejemplificación del miedo a la disolución», quien con su cuerpo deformado y en putrefacción personificó en la Edad Media «una profunda afrenta al esfuerzo humano en estabilidad natural y social» (p. 577).

En suma, este monográfico ofrece una cualificada selección de artículos en torno a distintos aspectos de las narrativas sobre el cuerpo enfermo en la Europa y América anteriores al siglo XIX, que tiene un gran valor tanto para quienes centran sus investigaciones en esta temática, como para personas de los más dispares ámbitos disciplinares humanísticos que busquen estímulo para sus investigaciones en los acercamientos y métodos propios de la nueva historia cultural. La riquísima información bibliográfica puede recuperarse con relativa facilidad a partir del amplio apartado de notas incluido al final de cada artículo, por más que hubiera resultado útil la inclusión de una bibliografía general consolidada al final del monográfico. ■

Jon Arrizabalaga. Institució Milà i Fontanals - CSIC, Barcelona

■ **Emilio Cervantes Ruiz de la Torre, coord. Naturalistas proscritos.** Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca; 2011. 136 p. ISBN: 978-84-9012-019-4. €15.

¿Qué tienen en común Antonio Zulueta, Félix de Azara, Jean-Baptiste Lamarck, José Longinos Martínez, Francisco Antonio Zea, Mariano La Gasca, Lorenz Oken, Eduardo Carreño, Manuel González de Jonte y Emilio H. del Villar? La primera respuesta es evidente: todos son naturalistas. El calificativo es más difícil de justificar pero, según se mantiene en este texto, a todos les une —en una u otra manera— la característica de «proscrito».

Y desde esta situación de «destierro» vivida por estos naturalistas, otros tantos historiadores de la ciencia se ocupan de construir sus biografías: Emilio